

Misericordia

José Luis González Vera

A Antonio Soler

Poética	4
La mala letra	5
Película	6
Y Eliot por ahí	7
Luz	8
Misericordia	9
Gratitud	10
La visita	12
Rodaje	14
Signos de madurez	15
Los injertos	16
De indios y vaqueros	17
Perro	18
Instantáneas	19

Poética

Contracorriente sube la marea.

Pienso en por qué escribo.

¿Qué me dice aquella agua sucia
sobre el vigor del cauce?

Quizás soy un pez para la gaviota,
así como un asunto de dos días
para los calendarios.

El mar reintegra al río su metáfora.
Yo arrojó preguntas y no tengo
ni la amabilidad de responderme.

La mala letra

A Dolors Lluy

De cuantas noches hube toledanas,
en una veraniega,
leía a Don Ramón José Simón,
entre efluvios de Pink Floyd.

Era yo, perdonadme,
un joven como buey uncido a la virtud
católica, apostólica y romana.
Ni orinar en los barrios lentos me permitía.

Aquella noche tan de bradomines,
sin que nos presentasen
conmigo me encontré.
Qué imbécil, me ofrecí
una existencia entre cesuras.

Días desperdiciados
para cualquier asunto económico,
y pacientes con versos,
prosas y pentagramas,
luces de la nocturnia
en que has permanecido
solo, y hasta feliz en ocasiones.

Película

Aguarda igual que un niño,
el vagón sin retorno.
Veinticuatro tatuajes desde la piel invocan
un mundo con su química concorde

Esculpe, pues, fotógrafo
un laberinto espejo de grises y neblinas
donde la maquinaria
cualquier felicidad
cualquier daño proyecte
en su luminiscencia generoso
con esta miopía, al fulgor insensible.

Y Eliot por ahí

Como una alimaña oculta
al fondo de su destino.

Hacia mí un verso rueda
igual que aquellos ramajes
cruzaban los escenarios
donde la muerte elegía
entre el criminal y el sheriff,
dark, dark, dark all is into the dark.

Y envuelto sobre mí grazna.

Luz

A Juan Bonilla

La gravedad también actúa
sobre el hilo de sol
quebrado por las motas
de polvo y su quietud inexpugnable.

Este hogar tan oscuro
busca ser transparencia
lo mismo que ese prisma de colores
por el cristal descuadernado.

Entre el libro de tu memoria
respiran las ventanas
y alteran los minutos para que se diluyan
en sus propias raíces.

Asume el azul de esta tarde
el temblor de unas velas
y su murmullo en esta casa
cuando la calle ríe al fondo
porque el amanecer iluminó tu nombre.

Misericordia

Así como el ciclista
desde la cresta estudia su camino,
por esa paz escéptico,
los años te desgranán su relieve
sus matices discordes
por los que concediste tanta misericordia
para ese personaje tuyo
en esta farsa incómodo,
donde del tiempo finges
la fuga
en solitario,
aunque te alcanzará
pronto
su rueda,
tú bien sabes,
ciclista que descienes
por nevero,
para, sin dilación, aplicarte esas normas
desnudas por impías,
y ajenas de cualquier abrigo.

Gratitud

Con una carta incierta
de diagnóstico y el miedo
como lacre en el sobre.

Un chico roza con su bici el taxi
en que me aturdo
sin consecuencias
se salda el incidente.

Si evaluó mis pasos,
el crupier de los días me entregó
algún póquer y tríos
y, sobre todo, un ful de reinas.
No estuvo mal esta partida
si aquí marcarse el cierre,
enunciaría incluso un bonito epitafio.

Sin repóquer de ases, sin ruinas
de esas que exigen sus escritos.
No sé, las pesadumbres
de Nietzsche, las angustias
de Wittgenstein.

Y ahora este informe,
igual que si te malmirara un chulo
en el vagón del metro
de una ciudad ajena.

Cruza por el semáforo
un amor que dejó su poso.
Podría saludar, abrir la ventanilla.
No. Hoy, incertidumbre y desaliño
frente al aquí y ahora con ropajes
de futuro imperfecto.

Ya en casa, la correspondencia
con saldos y facturas
y, lo peor, tú a solas.

Deberías de abrir el sobre,
haber detenido aquel taxi,
no hiciste la compra en el súper.
Ten gratitud, al menos:
un análisis clínico
te ha dictado un poema
con sus desperdicios de vida.

La visita

*Seleccionado para la
antología El mejor poema del mundo
2018, editada por Nobel, Concurso
Internacional de Poesía, Jovellanos.*

A Virginia Chamizo

Has dibujado espejos
en las lindes vacías de esta casa
para que nos descubran
tal como el aire encuentra sus caminos.

Tus palabras encienden
las velas con que tus mayores
junto a los míos imploraron
la vida un poco menos imposible,
unos surcos sin mulas por ese común valle fértil
en naranjos y espíritus y odio
que apenas limpia un río
cruel siempre con los tristes.

Vendrán por ti las ánimas benditas,
Pepito, si no rezas.
Vienes tú, sin embargo, a llevarte
junto con el adiós en cada beso,
el piar de los gorriones, la ceniza y su lumbre,
la ropa por la luz seca como el pasado
que frente a ti despliego
igual que quien arroja su fortuna
al capricho de un naípe y su pericia
para que continúes
tal vez unos instantes
imantada por ese anecdotario
deforme y familiar en las leyendas.

No tengo dios ninguno
a quien rogar con cruces ni oraciones
que algún día regreses.
Igual que por los limos, los pájaros exploran
cuando ya no amenazan las mareas,
así yo en la quietud, leeré en los espejos,
sin ti ahora tan miopes,
por si quedase alguna risa,
cualquier gesto inconsciente de cariño,
ocultos tras las fotos o bajo los jarrones
que te devolvería
con un correo sin remite.
Una protección frágil
contra la certidumbre de tu ausencia
y mi falta de fe tan absoluta
en cualquier suerte y en todas las deidades.

Rodaje

A Lydia Rodríguez

Atención. La claqueta da de un golpe
paso al silencio. ¿Cámara? Grabando.
Expectante el micrófono. Que comience.

Secuencia de la escena.
De un bucle otro bucle se desgaja,
tiempo sobre el papel dócil a tu alboroto,
fotograma indulgente con este oficio humano.
Nos permites caricias, de tu poder seguro
en exteriores.

Tus órdenes allí rugen sin tomas falsas,
tu dirección ajena de auxiliares.

Signos de madurez

Acoges eufemismos
como quien almacena melanomas,
o un síndrome de Alzheimer.

A la mínima, surge alguno a flor de labios
y oculta en sociedad
el deseo por irte de alquiler a esa cama
mediante exaltaciones
del garbo y transparencia de unos ojos;
o, cual bróker, suaviza
la debacle económica que padeces de espíritu,
y que, por tal razón, buscas tus luces
entre los sucedáneos doctrinales.

Vistos en la distancia,
deberían de ser inadmisibles,
aquel, más que ninguno,
que desdibuja el trote de los años,
con su contradictoria condición tan inmóvil
y de piedad tan falta,
pues por más que lo esquives,
sé sincero, cariño,
sólo encubres el nombre de tu muerte.

Los injertos

Como el naranjo endulza en el monte su fruto
por la influencia lunar de unos esquejes,
sobre mí, con el mismo proceso,
fluye vuestra memoria.

Custodio, intransferibles,
el sabor de unos labios, su tersura,
el desorden de un día clandestino
impreso en un tatuaje.
O esos amaneceres,
en el bus desde el after-hours
y aún con avidez de algún tugurio,
igual que si dictásemos
el libro de instrucciones
para enmienda de lunes descompuestos.

Capturo la ternura,
aquel tono de vuestras voces si dormito
en mitad de la farra,
la copa entre las manos sostenida casi,
y el rumor de los besos.

En ocasiones, ni os escucho mientras
atestiguo la paz del árbol
su maniobra de esquejes,
mi fortuna, amoldada por caricias,
inmune al desaliento y satisfecha
por su archivo de instantes
con esta invocación continua al gozo,
a tanta soledad.

De indios y vaqueros

Jugábamos a indios y vaqueros.
La suerte decidía
quién militaba en cada tribu,
su estandarte y ventura.

A galope y al silbo de onomatopeyas
el caballo saltaba los despojos.
Mi rocín justiciero se encabritó invisible,
venganza contra el hombre blanco,
por mi imaginación, ahora,
en un mártir resuelto junto a los indigentes
de su esquiva fortuna.

En prosa nuestras madres regañaban
por tanto pantalón deshilachado
con ribetes de angustia existencial.

Ya ningún cimarrón relincha,
ningún indio resuena sus tambores.
Sinuosa en su silencio,
una de aquellas balas, errante me pretende.

Perro

En su cara reside
la mansedumbre oculta entre colmillos,
una de las mejores personas que conozco,
y las conozco,
gentes muy estupendas
que jamás dudarían,
si la ocasión lo exige, darte un tiro
u ofrecerte sus manos para carga.
Quitarán una avispa de tu cuello
igual que si soplasen una pluma.

Uno ya con el tiempo
reconoce las muecas
de quienes han fumado con demonios
e intuye su aguardiente
su semblante de arcilla.

Y así mi perro
con ánimo de esfinge
se sienta junto a quien haya sufrido,
lo lame y aun escucha,
ataca, sin embargo,
(perdón, no lo soporta)
cualquier tipo de embuste,
el intento de robo de su orgullo.

Instantáneas

El mendigo revuelve la basura y descubre
un álbum hogareño;
arroja los retratos por la acera
ante una vida desdeñoso cuyos
perfiles reconoce,
pero de la que es un fugitivo.
Como el dolor, soporta
la marca de su mordedura,
a veces tan adentro.

Así se diluirá cualquier instante
en su alfiler inmóvil
prendido en tu memoria,
sólo serás albergue de un tiempo despoblado,
donde ya no supuren las heridas.